



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 36 – 12 de agosto de 2015

No cerramos en agosto, aunque pueda variar nuestro día de salida dentro de la semana. A pesar del calor, no queremos perder el contacto con nuestros amigos

En este número

1. **¿Latinoamérica o Hispanoamérica?**, José M^a García de Tuñón Aza
2. **El valor de los juramentos**, Manuel Parra Celaya
3. **Hartos de votar**, *miqueridaespana*
4. **El espantoso clamor**, Pedro J. Ramírez
5. **Para no olvidar**, Álvaro Hernán
6. **Hace escasamente 70 años**, Christophe Servan
7. **Informe del coronel boliviano que vincula a Podemos con...**
8. **La iglesia vasca y la matanza de sacerdotes no nacionalistas**, Eva Carrascosa García

¿Latinoamérica o Hispanoamérica?

José M^a García de Tuñón Aza

Primero fue el 98 que nos costó las últimas parcelas del imperio. Después ya nos está costando la pérdida de una palabra: «Hispanoamérica». Los cursis que suelen manejar casi todos los medios de comunicación españoles, y todos los políticos también, incluido nuestro presidente, suelen emplear la palabra «Latinoamérica» en vez de usar la que tiene que decir porque tienen miedo de no estar a la moda o no aparentar de ser progres.

Hispánico fue lo que llevaron nuestros antepasados a las Américas desde finales del siglo xv hasta los emigrantes del siglo pasado: gentes hispánicas, cultura hispánica y redaños hispánicos. El término latino lo introdujo un ministro de Napoleón III para justificar de alguna manera su intervención en Méjico; aunque hay quien dice que los primeros que lo utilizaron fueron algunos pseudointelectuales franceses durante la revolución de la guillotina que con su estúpido «chauvinismo» envidiaron la grandiosa obra histórica y universal que fue el descubrimiento de América y sacaron a relucir lo de «latino» para negar así a España hasta el nombre de su obra más internacional e imperecedera.

Preguntaba el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante: «¿Desde cuándo está la Roma Antigua en Méjico? ¿Y en Buenos Aires?». Y añadía: «Es más, pregunto yo ahora, en Paraguay, los indígenas ofician el guaraní, pero ¿desde cuándo o desde dónde hablan esos indígenas el latín? O los indígenas de los dominios del enmascarados: ¿hablan los lacandones –que surgieron después de los mayas– el latín?».

El filósofo argentino Alberto Buela, colaborador de la revista *Altar Mayor*, ha dicho que no existe la raza latina. Se quiere incluir a una supuesta presencia de franceses e italianos, etc. en el panorama cuando la epopeya americana fue especialmente española y nada más que española, desde el descubrimiento, año 1492, hasta la emancipación de estos pueblos. El uso del término «Latinoamérica» no sólo no es

correcto, sino que además esconde un claro interés político por parte de los centros históricos del poder mundial.

En resumen: esa palabra, «Latinoamérica», es un término espurio, importado, antiespañol, anticientífico, y, por esto último, inexacto, engañoso e impropio a todas luces del léxico universitario español. Así y todo, como decía al principio, la utilizan por activa y pasiva, nuestros políticos y todos los que manejan los medios españoles. Será que la cabeza no les da para mucho más.

El valor de los juramentos

Manuel Parra Celaya

Hace días tuve el honor y la alegría de asistir a la Jura de Bandera de un hijo mío. Inevitablemente, me viene a la memoria otro acto similar, hace bastantes años, en que un servidor era el protagonista (junto a otros mil doscientos protagonistas más, claro) y cuya esencia era básicamente la misma: poner a Dios por testigo de que se está dispuesto a defender a España. No tengo ahora a mi alcance la letra del texto, pero recuerdo que incluía la exigencia de los mayores sacrificios, incluso el de la propia vida, la obediencia a los mandos y las invocaciones a la *unidad de España y al orden dentro de ella*.

Me consta que la letra ha cambiado, pero tampoco tengo delante la referencia, aunque el espíritu, por lógica, debe ser el mismo: no en balde se mantiene como tal juramento y el símbolo de la Patria, representado en los colores de una bandera, es idéntico; por lo tanto, no entro ahora en disquisiciones de orden coyuntural ni de opinión, es decir, de rango menor con respecto al valor profundo del acto.

Hoy en día no están de moda los juramentos; lo hemos visto profusamente en las tomas de posesión de los políticos, muchos de los cuales se limitan a *prometer por su honor* cumplir las obligaciones inherentes a su cargo; claro que, como tampoco está de moda el honor, estamos al cabo de la calle... Se entiende que el que presta juramento, dentro de su inalienable libertad religiosa, es creyente, siempre de acuerdo con su personal concepto de Dios; además, ante el juramento no tiene validez fórmula alguna de omisión mental, y, si no, que me contradigan los teólogos. En consecuencia, no estamos ante un gesto simbólico, un puro ritual de la Milicia, sino ante un acto dotado de un profundísimo sentido trascendente.

También tengo entendido –y vuelvo a recurrir al arbitrio de los *doctores que tiene la Iglesia*, entre los cuales queda claro que no me encuentro– que el valor de un juramento es de por vida; cuando se habla de *renovación del juramento a la bandera* se está



cayendo en una contradicción; tal *renovación* no existe y, de acudir a dichos actos –como lo están haciendo voluntariamente miles de ciudadanos españoles en esta época– estamos ante un mero símbolo, pues persiste el valor del juramento inicial que un día se prestó; es algo así como las bellas ceremonias de renovación de un matrimonio canónico, que expresan un maravilloso sentido de fidelidad al cabo de los años, pero son ineficaces en cuanto a modificar lo que un día se llevó a cabo, con el compromiso de unos oficiantes –los propios cónyuges– ante un testigo –el sacerdote–.

Y ahora vienen las inevitables –y quizás molestas– preguntas: ¿son conscientes todos los españoles que juraron bandera un día del compromiso que adquirieron? ¿Están dispuestos a defender a España y su unidad, pese a quien pese, con votos, con opciones y *hasta la última gota de su sangre* si fuera preciso? Y no se me diga que la obligación cesó cuando dejaron de vestir un uniforme militar, pues ya hemos dicho que un juramento es de por vida, independientemente de tu situación al cabo de los años... incluso si te

has dedicado legítimamente al mundo de la política.

Soy muy consciente de que tales preguntas –y a lo mejor todo el artículo– entra de lleno en lo *políticamente incorrecto*; por tanto, para no incomodar conciencias, respondo por mí mismo: sigo siendo creyente, en concreto católico, y es mi propósito firme mantenerme fiel al juramento que presté, ilusionadamente aun dentro del Servicio Militar obligatorio de entonces (hoy *suspendido* pero no abrogado, pues consta en la Constitución vigente), cuando aún no peinaba canas. Lo afirmo rotundamente como catalán y, en consecuencia, como español.

Por ello voy a asistir, con la misma ilusión de entonces y, si cabe, con mayor emoción, a la próxima Jura de Bandera de uno de mis hijos.

Hartos de votar

miqueridaespana

Si, como suelen decir los candidatos cuando salen de votar en el colegio, las elecciones son la fiesta de la democracia, este año los catalanes estamos cogiendo un buen resacón, porque durante 2015 estamos votando –tal y como estaba previsto– en las elecciones municipales de finales de mayo, como también lo haremos en las generales de noviembre; y entre medio en las autonómicas «plebiscitarias» catalanas que Artur Mas ha vuelto a adelantar.

Algunos vamos a acabar con agujetas en la mano de tanto introducir la papeleta en la urna, porque hasta en el Barça ha habido elecciones, y aquí ya sólo falta que el presidente de la escalera de casa nos convoque a una de esas divertidas reuniones para renovar los cargos de la junta de la comunidad de vecinos.

El independentista *medioplacista* Artur Mas no adelantó las elecciones a marzo, como le exigía el independentismo *cortoplacista*, pero tampoco acabará la legislatura en noviembre de 2016, como le interesaba a él y le pedía el *largoplacista* Duran. Esta segunda opción era demasiado arriesgada porque podría haber provocado una *venjança catalana* independentista pata negra contra CiU y el propio Mas. Por otro lado, hacerlas con tan poca distancia desde que explotó el caso Pujol hubiera sido mortífero



para un partido en proceso de refundación. Por eso, *el President*, ha escogido una premonitoria tercera vía con la que hacer olvidar a su claca de *cheerleaders* (Forcas, Raholas y Murieles) su trilerismo, que ha quedado del todo en evidencia en esas surrealistas negociaciones con Oriol Junqueras.

La claca del *President* trilero le ha loado una vez más por su valentía y determinación, aunque puede que haya sido más bien una decisión con la vista puesta en las generales de noviembre de las que saldrá un nuevo gobierno en España con el que pactar el blindaje de las competencias lingüísticas y culturales más el pacto fiscal, (y lo

de la independencia ya lo dejamos para los años treinta, que tenemos veinte años seguir sumando adeptos a la causa). Y se supone que es eso (excepto lo del paréntesis) lo que se les debe estar contando –vía el *Conseller Puig*– a los más altos estamentos judiciales, militares y empresariales, así como a los partidos no-independentistas, en los encuentros que se celebran en ese estupendo pub irlandés que es el *Kitty O'shea's* (con permiso de *The Philharmonic*).

El *President* provocará que nuestro síndrome post vacacional se agrave metiéndonos en otra campaña electoral al final del verano, porque septiembre es el mes favorito del nacionalismo catalán y, como ideología nacida del romanticismo que es, sufre de una fascinación simbólica por las fechas. Si 2014

debía haber sido el año de la independencia, por ser el tricentenario de 1714, ahora tendremos una emotiva campaña electoral con enganchada de carteles nocturna en el *Fossar de les Moreres*, una cuarta Diada con multitudinaria *performance* por la Meridiana, a modo de acto de campaña conjunto de todos los partidos *indepes*; y una jornada de votaciones coincidente con el domingo 27, que ya nos ha explicado Mas que será el primer aniversario de la fecha en que firmó la convocatoria del 9-N. Incluso se supone que el piromusical de la Mercé en Montjuïc volverá a ser un acto independentista pagado por todos los barceloneses, como el del 2014 (a no ser que la alcaldesa Ada Colau desaloje las *esteladas* antes). Pero lo peor de todo es que nos dirán que están cumpliendo con el anhelo de votar que tienen la mayoría de catalanes, cuando lo que realmente queremos por esas fechas será apurar la temporada de baño y playa sin que nos mareen demasiado con otro domingo electoral.

Si nos ponemos serios, la realidad es que no se ha escogido la fecha por el simbolismo a secas, si no para que sean unas elecciones a la medida de un independentismo que estará emotivamente más movilizado durante la campaña, y con el objetivo de que la Cataluña de comarca vaya a votar en masa frente a la urbana que el domingo 27 estará volviendo de puente. Los estrategas independentistas comprobaron el 9-N que su techo es el de un 30% (aprox.) del censo, y que eso no es una mayoría, pero sí un porcentaje de la población muy concienciado con «*el Procés*». A su vez, observan que en todas las elecciones, con una participación alta, el voto «soberanista» se diluye; y especulan con que la habitual abstención, ante un «plebiscito», se decantaría por el No a la independencia, sabiendo que este segmento poblacional se concentra sobre todo en el área metropolitana de Barcelona. –Un cálculo muy al estilo de quienes creen que Cataluña son sólo ellos y que los no-independentistas son menos catalanes cuando no directamente malos catalanes–. El objetivo es conseguir una mayoría absoluta independentista con la que negociar un encaje provisional, dentro de un Estado español en proceso de reforma, hasta conseguir la definitiva ruptura de aquí dos décadas cuando, mediante el mal uso de las competencias transferidas ya blindadas (*les estructures d'Estat*), hayan multiplicado por dos ese 30%.

Con todos estos trucos de «trilero» de las Ramblas institucionalizados, vamos ir a las terceras elecciones autonómicas en cinco años, cuando las legislaturas son de cuatro; porque Grecia, Italia, Israel, Bélgica, el País Vasco de antes y la Cataluña de ahora son los únicos países de nuestro entorno en los que no se acaban las legislaturas y se vota cada dos años a causa de su inestabilidad e ingobernabilidad. De momento, es ese el club internacional de dudoso prestigio en el que nos han metido los irresponsables de *Convergència* (y hasta la fecha *Unió*), a los que una mayoría de catalanes votó en 2010 como alternativa de gobierno serio para acabar con el desastroso *Tripartit*.



Ya puestos, hubiera sido de buen gobernante convocarlas coincidiendo con las municipales y así ahorrarnos los gastos de la campaña, pero ya se sabe que en los derroches políticos no podemos recortar; además de que esto hubiera supuesto rebajarnos nacionalmente al nivel de las CCAA «no históricas» como... Aragón y... Navarra, que a diferencia de Galicia, el País Vasco, Cataluña y la «no voy a ser menos» Andalucía, celebran elecciones para escoger a sus parlamentos autonómicos a la vez que a los alcaldes y concejales de sus municipios, diluyendo así en el «café para todos» su hecho diferencial.

No queremos ser como Aragón, aunque fuera quien nos diera lo más parecido a un estado propio independiente que hemos tenido en nuestra historia; y tampoco como Navarra, pese a que sus fueros –y sobre todo su régimen fiscal– sea a lo que en realidad algunos aspiren.

Nos dirán que no son autonómicas si no plebiscitarias, y en consecuencia tendrán que contar los votos y no los escaños, pues la ley electoral vigente –somos la única CCAA que no tiene ley propia y, por eso,

aplicamos la del Estado– da más valor al voto del vecino de Gerona y Lérida, en beneficio de los independentistas, que al del de Barcelona.

Acabado 2015 –si Rajoy no decide hacer una arturada y convocarnos a las elecciones justo después de Navidad en plena cuesta de Enero de 2016–, nos estaremos sin votar hasta 2019. Cuatro años sin campañas electorales en los que teóricamente todo estará aclarado y nuestros políticos se podrán dedicar de una puñetera vez a gobernar sin encuestas ni cálculos electorales de por medio...

¿Alguien se lo cree? No, principalmente porque los parlamentos que vienen tendrán más partidos políticos, no habrá mayorías de un único grupo parlamentario y eso supondrá que sea más fácil hacer caer a los gobiernos. Todo muy israelí e italiano. Y que no se nos pase por alto algo fundamental: todo indica que hacia, pongamos 2017-18, votaremos una nueva constitución, otro parche con el que tirar treinta y pico años más en este país, o la pastillita que nos tomaremos para aguantar una larga y pesada resaca.

Mi querida y electoralista España.

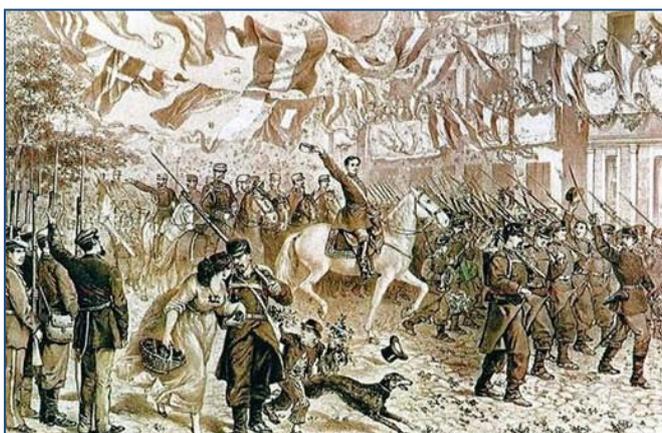
El espantoso clamor

Pedro J. Ramírez

Un testigo presencial describe así los hechos: «En lo alto de la tribuna apareció el Rey. Entonces, doloroso es referirlo, pero nos hemos propuesto decir la verdad, se oyó un clamor espantoso, compuesto de gritos, silbidos y rugidos atronadores... Miles de individuos apiñados aullaban como fieras. Además oímos proferir mil injurias groseras que la pluma se niega a transcribir. Los guardias veían aquellas escenas vergonzosas con los brazos cruzados».

Aunque cada palabra cuadre con lo ocurrido en el Camp Nou, lo que acabo de reproducir es el relato del multitudinario abucheo a Alfonso XII a su llegada a la Estación del Norte de París el 29 de septiembre de 1883. El enviado especial de *La Época* Alfredo Escobar lo publicó en forma de *instant book* pocos días después del acontecimiento.

Se trata del único antecedente histórico que he podido encontrar de una muestra de desaprobación tan estridente y multitudinaria en presencia de un Rey de España. Con tres notables diferencias respecto a lo ocurrido en Valencia en 2009 y ahora en Barcelona: sucedió en el extranjero, no fue televisado en directo y la culpa no fue del Gobierno sino del Rey que se lo había buscado.



Alfonso XII había cometido la imprudencia de visitar Alemania antes que la capital francesa. Había asistido nada menos que a unas maniobras del ejército imperial, había aceptado el nombramiento de coronel de un regimiento de hulanos y había levantado su copa ante el emperador Guillermo I, prometiéndole el apoyo de España en caso de una nueva guerra. Con la herida abierta por la derrota de Sedán aún

sangrando a borbotones, la agresividad de la acogida en París estaba tan cantada como la megapitada de la final de Copa.

De ahí que el ministro de Estado, Marqués de la Vega de Armijo, de acuerdo con el jefe del Gobierno Sagasta y el entonces líder de la oposición Cánovas, tratara de persuadir sobre la marcha al Rey de que cambiara de planes, anulara la visita oficial a Francia y se embarcara en Amberes de regreso a España. En contraste con el abúlico conformismo del gobierno de Rajoy ante el desastre anunciado, los líderes

políticos de la Restauración consideraban que era su deber evitar que se consumara un ultraje a los españoles en la persona del Jefe del Estado.

Fue el propio don Alfonso quien, según explica Melchor Fernández Almagro, «se opuso resueltamente a modificar el itinerario previsto porque no le parecía digno de la nación española que a su Rey le preocupase lo que pudiera ocurrirle en París y que, anunciada su visita, no dejaría de hacerlo, “aunque le costase la vida”». Como el Rey aún gobernaba sobre el Gobierno, se hizo la voluntad de Su Majestad que aguantó tan impertérrito como su tataranieta Felipe VI la monumental bronca que se le vino encima.

Sin embargo, y esta es una cuarta gran diferencia, la ofensa colectiva generó también un desagravio colectivo que a la postre fortaleció la unidad de la Nación en torno a la Corona. Alfredo Escobar cuenta que pese a que el tren real llegó de madrugada a San Sebastián, una muchedumbre de «vascongados y castellanos» le aguardaba con «un sólo grito continuado que hacía vibrar las fibras más delicadas del corazón y ensordecía el espacio, ese grito era: ¡¡España!!».

El 3 de octubre el Rey «fue aclamadísimo por el pueblo madrileño que lo siguió hasta Palacio y que, por expreso deseo de don Alfonso, halló franco el paso al interior, en multitudinario oleaje de entusiasmo... Obreros, menestrales, mujeres, personas que jamás habían pisado las regias estancias, las invadieron dando gritos atronadores y sin detenerse a mirar los suntuosos adornos, sólo pensaban en aclamar al Rey y a la patria». Según Escobar 100.000 personas –un cuarto de la población de entonces– se echaron ese día a la calle en Madrid. «Agraviado el Rey, los españoles se sintieron agraviados también», sentencia Fernández Almagro.

Estoy seguro de que en el caso de Felipe VI se habría producido una reacción análoga si su valentía se hubiera manifestado de forma opuesta a la de Alfonso XII. Es decir, si después de haber acudido como un mandado al matadero del escarnio, hubiera tenido el gesto de dignidad herida de abandonar el recinto tan pronto como terminó de sonar el himno, dejando a Mas colgado de su pérdida mueca. Seguro que a Rajoy le hubiera contrariado ese arranque pero el Rey habría adquirido la misma popularidad sobrevenida que acompañó a su padre desde el 23-F. Y naturalmente que no estoy comparando una pitada concertada a los símbolos de la Nación con un golpe de Estado pues pertenecen a categorías muy diferentes de lo execrable, pero sí incidiendo en que no hay mejor atajo hacia el prestigio que el repudio explícito de lo intolerable.



Si alguien sabe de algún otro lugar en el mundo en el que ocurran cosas así, en el que la persona y el himno que representan al conjunto de la ciudadanía sean objeto de befa y vituperio de forma coordinada, subvencionada, impune y retransmitida en horario de máxima audiencia, que lo diga. A Rajoy, Soraya, Fernández Díaz y demás estólidos en su estrago debería caérseles la cara de vergüenza.

Sabían a qué tipo de escabechina moral enviaban a Felipe VI y por eso delegaron la representación del Gobierno en el difunto Wert.

Ellos son los responsables directos de que el Rey compareciera para servir de pim-pam-pum a las invectivas de la chusma cual monigote de feria. Ellos son los responsables directos de que una autoridad del Estado que el pasado noviembre utilizó medios del Estado para intentar destruir al Estado, desobedeciendo las resoluciones judiciales del Estado, pudiera exhibir su sonrisa rufianesca junto a Felipe VI para añadir así la albarda de la burla a la albarda del ultraje.

Cuan hiriente e insufrible, cuan ofensivo y vergonzoso sería el hecho para el ciudadano medio, sin especiales ardores patrióticos pero con un elemental sentido de la urbanidad exigible en la morada

común, que incluso ese estaférmico Gobierno se sintió obligado a anunciar *ipso facto* la convocatoria de la Comisión Antiviolenca. Frente a la ingenuidad de los arponeros que pensábamos que al fin esta vez el decoro institucional se cobraría algún que otro cetáceo estelado, lo que se impuso fue el *business as usual* y la decrépita montaña volvió a parir el ridículo ratón de una mera pesquisa informativa.

Ha transcurrido toda una semana y el ya casi extinto debate sólo ha generado un prolífico catálogo de impotencias: no es posible interrumpir el acontecimiento, desalojar el estadio y jugar el partido a puerta cerrada, como prevé la legislación francesa, porque eso generaría un problema de orden público; no es posible sancionar a los clubes cuyas aficiones protagonizaron la afrenta, y menos aún clausurar durante equis jornadas el Camp Nou, porque eso estimularía el victimismo nacionalista en vísperas de unas elecciones con pretensiones decisorias; no es posible proceder contra las personas físicas, perfectamente reconocibles en los vídeos de la jornada, porque hay jurisprudencia de la Audiencia Nacional que alberga manifestaciones análogas bajo el paraguas de la libertad de expresión; no es posible reformar el Código Penal para que no quepa el equívoco y las agresiones a los símbolos nacionales en el espacio público sean equiparadas a las manifestaciones de odio, racismo y xenofobia porque no se debe legislar en caliente y estamos además próximos a la disolución de las Cortes. Frustrante letanía colgada de la tópica premisa de que no hay que fijarse en los efectos sin rastrear las causas al menos hasta los tiempos de Recesvinto.

Así las cosas, hay algo que sí es posible: incluir el abucheo en el protocolo del acto que la Federación Española de Fútbol distribuye a los medios de comunicación. Rezaría de esta guisa: 21,25. –Entra en el Estadio Su Majestad el Rey, acogido con los primeros pitos e insultos. 21,27. –Suena el Himno Nacional mientras los gritos e invectivas se generalizan hasta hacerlo inaudible. 21,29. –Sonrisa rufianesca del presidente de la Comunidad Autónoma dirigida a Su Majestad el Rey, con posado ante las cámaras. 21,30.–Sorteo de campo entre los capitanes e inicio del encuentro, acompañado de los últimos insultos al Jefe del Estado.



Todos sabríamos a qué atenernos. Serían los cinco minutos rituales del odio, mucho más entretenidos que el mensaje de Navidad. Las familias se congregaban ante el televisor a ver y oír la bronca contra el Rey y su «puta España» y los comentaristas de la cadena pública ponderarían los decibelios de la pitada, el calibre de las injurias y la impasibilidad del monarca en relación a años anteriores. Naturalmente «el monarca» sería ya un sosias maquillado y el propio Felipe VI podría seguir la retransmisión por la pequeña pantalla junto a su jefe de Gobierno. Pitando se entiende la gente.

Me alegra que esta semana aciaga haya desembocado en el final feliz de un viaje inverso al de Alfonso XII y que su tataranieta haya podido encontrar en las ovaciones de la Asamblea Nacional Francesa el bálsamo para las ofensas sufridas en la soledad del Camp Nou. No es sin embargo un síntoma demasiado alentador de la salud de nuestra democracia que al Rey de España le abucheen en Barcelona y le aplaudan en París. Para eso mejor quedarnos en lo de 1883.

Con un liderazgo autonómico grotesco y una faz esclerótica y roída por la corrupción a nivel nacional, ¿qué atractivo ofrece el actual PP a esos dos tercios de catalanes que quieren continuar unidos a España o al menos dudan ante el salto en el vacío del independentismo?

O en lo de Recesvinto que, según el atrabiliario organizador de la pitada Santiago Espot, seguro que en realidad se llamaba Resesvint y, por supuesto, era catalán. Pero no sigamos engañándonos con estas disquisiciones. Poco importa que a finales del XIX ya volviera a estar en ebullición la «cuestión de Cataluña» o que sus raíces se remonten o no hasta los Reyes Godos. ¿Acaso los Pirineos marcan una división tan drástica entre dos especies del género humano como para que de un lado se rinda culto a la Nación y del otro se la ultraje por sistema?

No, la diferencia la marcan las leyes y las personas encargadas de aplicarlas. Si la Constitución del 78 dejó el modelo territorial abierto al voraz irredentismo nacionalista y la ambigüedad de Zapatero dio alas a los más radicales, es con el gobierno de mayoría absoluta de Rajoy cuando más se está notando el abandono de Cataluña por parte del Estado. La estrategia política brilla por su ausencia, la acción cultural es un páramo yerto, los proyectos económicos ni están ni se les espera. Con un liderazgo autonómico grotesco y una faz esclerótica y roída por la corrupción a nivel nacional, ¿qué atractivo ofrece el actual PP a esos dos tercios de catalanes que quieren continuar unidos a España o al menos dudan ante el salto en el vacío del independentismo?

Mucho más espantoso que el desabrido clamor de una noche de pasiones y rebuznos es en el fondo el educado coro de murmullos de las clases medias catalanas sobre la pasividad, el abandonismo y la torpeza del Gobierno. De ahí que venga tan a cuento este chiste del gran Bagaría publicado hace cien años en nuestra admirada revista *España*. Eduardo Dato, el Rajoy de entonces, líder de un partido conservador atestado de caciques, increpa al siempre pactista Cambó: «Ustedes quieren separarse de España...» Y Cambó –¿dónde está hoy su trasunto?– replica flemático: «Lo que queremos es separarnos de ustedes, que no es lo mismo».

Tomado de elespañol.com

Para no olvidar

Álvaro Hernán

Según pasa el tiempo vamos olvidando los hechos de la Historia. Tanto los que trajeron glorias como los que produjeron enormes catástrofes.

En estos momentos el mundo anda dando tumbos, complicado en guerras por todas partes, ya sean de menor o mayor calibre, olvidando la tragedia que suponen, los escasos resultados positivos que quedan tras ellas, las muertes que van quedando atrás día tras día.

Eso en las guerras que reciben tal nombre por su naturaleza. Pero existen otras guerras menores que también ocasionan grandes daños, considerables desencuentros, pérdida de lo adquirido anteriormente, derrumbe de la sociedad... Esas son las que, dentro de los países, surgen por intereses contrapuestos, por deseo de tocar poder, por querer implantar las ideas de unos u otros. ¿A dónde llevan? A que, después de un desgaste inmenso todo vuelve a estar, en el mejor de los casos, en el mismo lugar.

Reflexionen los políticos, consideren los ambiciosos si merece la pena, analicemos todos si queremos mantener lo conseguido e irlo mejorando poco a poco con el esfuerzo.

Hace ahora exactamente 70 años: La espantosa verdad tras los bombardeos norteamericanos de Hiroshima y Nagasaki

Sumemos un poco, por macabro que sea. Sin hablar de los heridos y mutilados, éstos son los muertos por los bombardeos anglo-norteamericanos: Hiroshima y Nagasaki (250.000), Tokio (150.000), Hamburgo (50.000), Dresde (40.000), otras ciudades alemanas (Kassel, Darmstadt, Pforzheim, Swinemünde, etc.: 60.000). Total del holocausto: 600.000 muertos. El presente artículo sólo trata, sin embargo, de aquellos cuyo septuagésimo aniversario ahora conmemoramos

Christophe Servan

Hace setenta años Harry Truman daba la orden de bombardear Japón con el arma nuclear: probablemente la decisión de más duras consecuencias tomada por un solo hombre en toda la historia de la humanidad. En vísperas de este aniversario, el instituto de sondeos YouGov formuló a los norteamericanos la siguiente pregunta: «¿Tuvo razón Estados Unidos o se equivocó al lanzar dos bombas atómicas sobre Japón?». Un 46% respondió sí tuvo razón, y un 29% no. En el mismo momento en que

miles de sus compatriotas se conmueven por la muerte (vil) de un león en el fondo de las selvas de Zimbabue, el resultado de este sondeo parece incomprensible. La explicación hay que buscarla, sin duda, en la propaganda oficial lanzada por Washington desde el día siguiente de los bombardeos, a saber: un mal necesario para acortar la guerra y ahorrar un número aún mucho mayor de vidas. Lo chocante es que al cabo de tantos años el pueblo norteamericano aún pueda creerse semejante fábula. ¿Será tal vez que el crimen es demasiado horrible para ser mirado de frente?

La verdad –irrebatible ante los cuantiosos documentos de toda índole actualmente desclasificados– es



la siguiente. Dos días después de la primera bomba sobre Hiroshima, el primer ministro Kantaro Suzuki se dirigió a los miembros de su gobierno diciéndoles: «*Dadas las actuales circunstancias, no nos queda más remedio que capitular sin condiciones*». Lo declarado en el curso de dicha reunión fue hecho público de inmediato. Pero ello no fue óbice para que el día siguiente se tirara una segunda bomba. Japón «*era incapaz de sostener una invasión más allá de octubre, y el Estado Mayor estadounidense lo sabía*», declara Paul H. Nitze, subsecretario de Estado de Defensa, en su libro *From Hiroshima todo Glasnot* (pp. 44-45). Japón «*se había resignado a una rendición sin condiciones mucho antes de agosto*», insiste Ralph A. Bard,

subsecretario de Estado de Marina (*US News & World Report*, 15 de agosto de 1960). El país «*estaba dispuesto a capitular, era totalmente inútil golpearlo con semejante monstruosidad*», confesó el general Eisenhower, interrogado por *Newsweek* en noviembre de 1963.

Para explicar lo injustificable, la historiografía relativa a este acontecimiento destaca dos tesis. La primera la resume el secretario de Estado de Defensa Henry L. Stimson en los siguientes términos: «*En el departamento de Estado ganó la idea de usar la bomba atómica como un arma diplomática (en contra de los soviéticos)*». Una tesis contra la cual Paul H. Nitze (antes citado) lanzó esta mortífera frase: «*Para impresionar a los rusos hubiese sido sumamente simbólico lanzar las bombas sobre una de las islas desiertas del norte del archipiélago (nipón) que Stalin quería recuperar después de la guerra*». Otra idea parecida nos la proporciona el general de brigada Carter W. Clarke, entonces responsable del contraespionaje: «*Era inútil y sabíamos que lo era: queríamos utilizar a los japoneses como cobayas en una experimentación a tamaño real*», escribe en *The Decision to Use the Atomic Bomb* (p. 359). Sin comentarios.

Tomado de *El Manifiesto*

Si recibes esta Gaceta porque algún amigo te la ha remitido, y deseas te llegue directamente cada semana, envíanos tu dirección a secretaria@fundacionjoseantonio.es. Y si consideras puede interesar su contenido a algún amigo, facilítanos su dirección de correo.

Informe del coronel boliviano que vincula a Podemos con Venezuela y el tráfico internacional de cocaína

Un informe del coronel boliviano Germán Rómulo Cardona, que puede leerse completo al final de esta información, vincula a la fundación CEPS –ligada a Podemos– con el tráfico de cocaína en Venezuela, todo ello con la connivencia de Maduro y de Evo Morales, y ya antes con la de Hugo Chávez, tal y como en su momento había informado *Periodista Digital*.

Según recoge *El Confidencial Digital*, el militar boliviano está en España a la espera de que le concedan el asilo político. Antes, había acudido al consulado español en Santa Cruz de la Sierra, una de las grandes ciudades de Bolivia, situada al este del país, a orillas del río Piraí, para solicitar asilo. Pero allí el cónsul español, Joan Borrell Mayeur, le transmitió que no podía tramitar su solicitud porque, según indica la legislación vigente, ningún consulado puede tramitar ese tipo de peticiones. Debe ser solicitado ante el Ministerio de Asuntos Exteriores, que es quien tiene la última palabra en este tipo de concesiones. Por el momento, el coronel tiene el visado de turista, con el que tan sólo puede estar 90 días al año en nuestro país.

El 20 de febrero, el coronel Cardona presentaba un informe «Ultra Secreto» redactado de su puño y letra ante el Comando General del Ejército de Bolivia.

En el texto denuncia varias irregularidades llevadas a cabo por el gobierno de Evo Morales. Entre ellas, se encuentra el que él considera el motivo por el que los regímenes bolivarianos habrían financiado a Podemos.

Expone que los presidentes de su país y de Venezuela habrían pagado a los miembros de la cúpula del partido que lidera Pablo Iglesias a través de una empresa fantasma. El objetivo: que llegaran al poder en España y la convirtieran en la nueva puerta del narcotráfico proveniente de América del Sur.



Germán Rómulo Cardona tuvo constancia de este hecho mientras ejercía de asesor jurídico dentro del ejército boliviano a sus superiores. Destino que compaginaba con la dirección de uno de los principales hospitales militares del país.

Este es el extracto del informe en el que explica las intenciones detrás de la financiación a Podemos por parte de estos dos regímenes:

«Desde hace seis años Hugo Chávez, Nicolás Maduro y Evo Morales Ayma, bajo el manto de una Entidad Ficticia

denominada, Fundación Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS), en cuyo consejo ejecutivo figuran los principales dirigentes de Podemos Pablo Iglesias, Íñigo Errejón, Luis Alegre y Juan Carlos Monedero, realizan giros a España para financiar una nueva Organización Política que se concretó en febrero de 2014 como Partido Político con la finalidad de una vez conquiste el gobierno español, se constituya una puerta directa de ingreso de Cocaína a Europa, que será enviada desde Bolivia por intermedio de Venezuela en aviones oficiales y militares a España, para de allí distribuir a toda Europa si usar los puentes de Irán, Rusia, Libia y otros, como ahora lo es Grecia».

Según ha explica el propio Cardona a *ABC*, este movimiento quedaría enmarcado dentro de una organización narcotraficante que opera en Bolivia, en concreto en el departamento de Santa Cruz, ubicado al este del país.

Este cártel, que recibe el nombre de las Estrellas, está controlado, en palabras del coronel refugiado en España por miembros de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional del país y encabezada por Juan Ramón Quintana, ministro de la Presidencia y mano derecha de Evo Morales.

Su objetivo, según denuncia, es transportar la cocaína proveniente de Venezuela y Bolivia a Europa a través de aviones oficiales y otros medios de carácter institucional.

Aunque por ahora, siempre según el relato del militar boliviano, esta droga llega al continente a través de varios intermediarios, su propósito es hacerlo a partir de ahora desde España gracias a las relaciones que los regímenes bolivarianos cultivan desde hace años con Pablo Iglesias y Podemos.

Tomado de *La Tribuna del País Vasco*

La iglesia vasca y la matanza de sacerdotes no nacionalistas

Eva Carrascosa García

«Hay comisarios del olvido que no interesa que remuevan el pasado porque es muy pesado...». «Esta frase de Iñaki Anasagasti se vuelve en su contra porque remover el pasado del nacionalismo vasco significa destapar las cloacas y sacar a la luz toda la mierda que ha escondido durante tantos años el PNV». Así de contundente se muestra el novelista Josele Sánchez para referirse a la responsabilidad del PNV en las matanzas de Paracuellos de Jarama en las que fueron asesinadas más de 4.500 personas durante la guerra civil española.

El periodista y escritor valenciano acaba de lanzar la segunda edición de la novela *Con la piel de Cordero*, un relato que se adentra en el pasado más oculto de Santiago Carrillo y que saca a la luz asesinatos (incluido el de su propia mujer, el de José Antonio Primo de Rivera y el de Trotski), desapariciones y torturas llevadas a cabo por el ex dirigente comunista. En relación con las matanzas de

Paracuellos Josele Sánchez dice:

«Santiago Carrillo no es el único responsable de las matanzas de Paracuellos del Jarama llevadas a cabo de manera impune en otoño de 1936 (4.200 asesinados totalmente identificados). En el momento de llevar a cabo el genocidio, Carrillo era responsable de seguridad de la Junta de Seguridad de Madrid. Fue él quien tomó la decisión de ejecutar a todos los prisioneros pero quienes sabían y callaron también tienen responsabilidad en esas muertes. Entre ellos el ministro peneuvista Manuel Irujo. Y otro nacionalista vasco más, Jesús de Galíndez que era el asesor de la Dirección General de Prisiones».



Pira incendiaria con objetos religiosos (Madrid, 1937)

El novelista ha añadido de manera contundente: «El PNV salvó la vida de sacerdotes vascos a cambio de la de otros curas españoles». Según Josele Sánchez, Jesús Galíndez, el representante del PNV en Madrid intercedió ante Santiago Carrillo para que sacara de la lista de presos a fusilar a los sacerdotes vascos presos en las cárceles de Madrid a cambio de que fueran ejecutados el resto de curas españoles. El novelista ha calificado la actitud del PNV en relación con las matanzas de Paracuellos: «el PNV fue miserable, ruin y cómplice en las matanzas de Paracuellos del Jarama, salvó a sacerdotes vascos no por ser sacerdotes sino por ser vascos y pese a su catolicismo fariseo no le importó que fueran asesinados otros curas porque eran españoles».

Tomado de *Alerta Digital*

a Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.